

tres posiciones importantes, Bombay, Calcuta y Madrás, de las que había hecho capitales de *presidencias*, y un cierto número de factorías escalonadas en las costas. Cada *presidencia* tenía un gobernador, auxiliado por un Consejo, lo mismo que los gobiernos de la Compañía francesa. La Compañía inglesa era muy combatida en Inglaterra á causa de su privilegio; pero estaba dirigida por los comerciantes más hábiles y por los más expertos financieros y encontraba todos los capitales que necesitaba á un módico interés. No pensaba conquistar el Indostán, pero en el Indostán, como en América, se hallaba en lucha contra los franceses: Madrás, Bombay y Calcuta eran las rivales de Mahé, Chandernagor y Pondichery, del mismo modo que Nueva Inglaterra y Virginia lo eran del Canadá. La Compañía inglesa era independiente en absoluto del gobierno; pero la opinión y la flota de guerra inglesas necesariamente habían de apoyarla.

Sometida á directores vitalicios nombrados por el rey y á la inspección de comisarios regios, obligada á recurrir á subvenciones reales, mal apoyada por la opinión que se preocupaba más de la guerra en Europa que de las colonias, y sin poder contar con la flota del rey, la Compañía francesa era inferior en fuerzas á su competidora.

Sin embargo, antes de Dupleix, el gobernador general Dumás había comprometido á la Compañía en los negocios interiores de la India y procurado darle un poderío territorial. En 1739 había defendido al rey de Tanjore contra los mahratas con la condición de que concediera á la Compañía, en plena propiedad, Karikal, y había concebido la ingeniosa idea de hacerse príncipe indio, para lo cual hizo intervenir cerca del Mogol, al nabab del Carnatic, de quien la Compañía dependía inmediatamente puesto que ocupaba factorías en su territorio, y el Mogol había nombrado á Dumás *Nabab* y *Mansebdar*, ó comandante de caballería. Siguiendo el ejemplo de Dumás, Dupleix, que, en un principio, no era más que un administrador y un comerciante, convirtióse en diplomático y político, aportando su espíritu de empresa y de audacia á nuevas combinaciones.

Cuando Dupleix comprendió que la guerra contra Inglaterra era inminente, propuso á los gobernadores ingleses la neutralidad, en vista de que el nabab del Carnatic, Anaverdi-Kan, prohibía á los europeos que vinieran á las manos; y luego que aquéllos se hubieron negado, protestó cerca del nabab de su deseo de paz. Esto no obstante, había pedido socorro á La Bourdonnais y esperaba la flota de la Isla de Francia.

Así que La Bourdonnais hubo llegado á Pondichery, Dupleix le expuso sus proyectos contra los ingleses; deseaba el ataque de Madrás, vecina molesta de Pondichery, pero estimaba necesario antes librarse de la escuadra de Peyton. La Bourdonnais se hizo otra vez á la mar y alcanzó á Peyton delante de Trincomalé y en Negapatam, pero no pudo obligarle á combatir y le dejó escapar de nuevo, de lo que Dupleix se lamentó amargamente. El Consejo superior intimó á La Bourdonnais que escogiese entre la «busca» de Peyton y el ataque inmediato de Madrás; pero aquel personaje orgulloso, que se las echaba de potentado y hacía tocar las trompetas y el bombo á la hora de sus comidas, no quería

consentir que le mandasen comerciantes. Esto no obstante, decidióse á atacar Madrás, que tomó en 21 de septiembre de 1746; mas entonces se produjo precisamente el conflicto entre él y Dupleix. El mismo día en que se rindió la ciudad, La Bourdonnais escribió al gobernador general: «Puedo ahora tomar tres resoluciones: hacer de Madrás una colonia francesa, arrasara la plaza ó negociar su rescate;» y añadía que este último partido le parecía el mejor. Dupleix opinaba de distinto modo, pues, al ver que el nabab Anaverdi-Kan pretendía hacer respetar la paz lo mismo por Francia que por Inglaterra, y que se había indignado por el ataque de Madrás, habíase comprometido á restituírle la ciudad. Así se lo comunicó á La Bourdonnais, si bien añadiéndole que, como no había especificado al nabab en qué estado le devolvería la plaza, le aconsejaba que arrasase las defensas de la misma. Para demostrar claramente su intención de no dejar Madrás en poder de los ingleses, anunció que iba á substituir el Consejo inglés de la *Presidencia* por un Consejo provincial francés cuya presidencia ofreció á La Bourdonnais; de este modo afirmaba el derecho del Gobierno general sobre una conquista realizada en la India; pero La Bourdonnais se quejó de que se invadiesen sus atribuciones de jefe de escuadra tratándose de una ciudad tomada por él.

Sin embargo, no tenía derecho de disponer de Madrás puesto que los poderes de que le había investido el contralor general Orry eran puramente militares, y la autoridad que sobre la flota ejercía no le facultaba para anular los poderes permanentes que el rey y la Compañía habían dado al gobernador general. El Consejo Supremo, que tenía en su poder su carta de 21 de septiembre y otra escrita dos días después, en la que decía que los ingleses estaban á su discreción y que podía hacer de la ciudad lo que quisiera, envió comisionados á tomar posesión, en su nombre, de Madrás. Estos comisionados, que también habían de constituir el nuevo Consejo provincial, eran: Bury, mayor general de las tropas de la Compañía; el consejero Bruyere que desempeñaba en el Consejo las funciones de procurador general; el ingeniero Paradís y los consejeros Epemesnil, Barthelemy y Dulauréns. Hubo disputas entre ellos y La Bourdonnais, y Epemesnil, nombrado comandante de la ciudad y del fuerte, propuso que se arrestase al almirante; pero habiendo sus compañeros vacilado, La Bourdonnais hizo prender á varios de los comisionados y los demás emprendieron la fuga. Reanudáronse, sin embargo, las negociaciones entre Dupleix y La Bourdonnais, hasta que, dispersada por un huracán su flota, en la noche del 13 al 14 de octubre, el almirante, por su propia autoridad, firmó, en 19 de aquel mismo mes, con el gobernador inglés Morse un tratado que fijaba el rescate de la plaza en once millones de libras.

La Bourdonnais se dirigió á la Isla de Francia, en donde encontró un nuevo gobernador que le transmitió una orden de la Compañía mandándole regresar á Francia. De allí pasó á las Antillas y se embarcó en un barco holandés destinado á Europa; pero habiendo éste tocado en Inglaterra, La Bourdonnais fué reconocido en Falmouth y hecho prisionero. Acusado de traición por la Compañía de las Indias, consiguió ir á Versalles,

en donde, según el marqués de Argensón, creóse un partido á fuerza de dinero. Decíase que había traído inmensas riquezas y se murmuraba que iba á comprar á los ministros, los cuales mandaron prenderle y encerrarle en la Bastilla. Tres años después, las memorias apologéticas del prisionero, que se suponían escritas en pañuelos y con tinta hecha con sebo y poso de café, le conquistarán la opinión pública hasta el punto de que el día 3 de febrero de 1751, la Cámara del Arsenal, encargada de juzgarle, se verá obligada á absolverle, lo que no será óbice para que la clientela de la Compañía

jar á los ingleses de Saint-David, posición situada inmediatamente al Sur de Pondichery; mas como no le apoyaban ni la Compañía ni el gobierno, tres veces fracasó en su empresa. Inglaterra envió á la India al almirante Boscawen con treinta buques y ocho mil hombres de desembarco, y en seguida los ingleses tomaron la ofensiva contra Dupleix. El 18 de agosto de 1748, la flota inglesa y un ejército anglo-indio fueron á poner sitio á Pondichery. Dupleix se defendió admirablemente, improvisándose general, ingeniero y artillero; comenzó por disputar palmo á palmo á los



Carlos Eduardo Estuardo. Copia de un grabado del año 1744, hecho por Juan Daullé

de las Indias guarde el convencimiento de que el almirante se había vendido á Inglaterra (1).

Después de la marcha de La Bourdonnais, los franceses luchan con Anaverdi Kan y con los ingleses. Un ejército del nabab, á las órdenes del hijo de éste, sitúa en Madrás al puñado de hombres que manda el nuevo gobernador Epemesnil, quien efectúa una salida y dispersa á cañonazos la caballería enemiga. El ingeniero Paradís, que desde Pondichery acude en socorro de la plaza al frente de seiscientos hombres, alcanza en Saint Thomé á los diez mil de infantería del nabab, les ataca y pone en fuga.

Dupleix trató de aprovechar estas victorias para arro-

(1) No hay pruebas concluyentes de que La Bourdonnais recibiese dinero de los ingleses para poner á rescate Madrás, pero sin invocar la opinión de Dupleix, para quien el hecho no ofrece dudas, hubo una porción de indicios acusadores contra el almirante. Por otra parte, en 1752, los miembros del Consejo de Madrás declararon á los directores de la Compañía inglesa de las Indias que La Bourdonnais había recibido la promesa escrita de un millón de francos además de los once millones estipulados para el rescate de la ciudad.

sitiadores los aproches de la ciudad; después quemó los árboles para privarles de todo abrigo, hizo entrar en la plaza los cañones de los fuertes avanzados y se cerró en ella, oponiendo entonces batería á batería y obligando sus cañones á los buques ingleses á emprender la huida. Sabía infundir valor á los cafres y sacar partido de los cipayos, y tuvo por auxiliares á Paradís, que murió en una salida, y al futuro conquistador de Decán, el marqués de Bussy-Castelneau.

Los ingleses se cansaron de tanta resistencia y se retiraron, después de haber hecho, en 14 de octubre, un supremo esfuerzo, habiendo bombardeado la ciudad, contra la cual arrojaron, en doce horas, veinte mil proyectiles.

Dueño de Pondichery y de Madrás, Dupleix proyectaba un nuevo ataque contra Saint-David. Sus triunfos y la reputación que conquistaba en la India le movieron á dar mayor amplitud á su política y le valieron las felicitaciones de los nababs y del Gran Mogol. Pero en esto recibió de Francia la noticia de que se había firmado la paz con Inglaterra y de que, después de todo cuanto había hecho para expulsar á los ingleses del

Carnatic, las cosas volverían al estado en que se hallaban antes de la guerra.

III. — *La paz de Aquisgrán y la opinión pública en Francia (1748)*

A medida que se prolongaba una guerra cuyo resultado no se preveía, la opinión se pronunciaba contra el marqués de Argensón, que no sabía ponerle término. Brulard de Puyseulx, estando en Breda de plenipotenciario, habíale acusado de blando y tímido; en la corte, Mauricio de Sajonia y los Noailles se ensañaban con él, y el primer jefe de los Negocios extranjeros, el abate de La Ville, tuvo con su ministro altercados, en los cuales le echaba en cara sus miramientos para con las Provincias Unidas. El marqués, considerándose en peligro, tuvo la idea extravagante de pedir ayuda al rey de Prusia; pero Federico, á quien nada importaban los apuros ajenos, le contestó que no tenía motivo alguno para meterse en los «asuntos de Francia.» De Argensón fué destituido en 10 de enero de 1747 y su desgracia no sorprendió más que á él, que nunca se consoló de ella. Sucedióle uno de los diplomáticos que más le habían difamado, el marqués de Puyseulx, poco antes militar y mariscal de campo, hombre muy al corriente de la corte, pero poco instruido, que ocultaba su insuficiencia bajo un «aire de sagacidad» que imponía, y que era un protegido de la nueva querida, la señora de Pompadour.

El partido de la paz engrosaba de día en día porque la guerra costaba muy cara. A pesar de lo peligroso que era establecer nuevos impuestos, dadas la miseria general y la actitud de los parlamentos, fué preciso crear en 1746 un impuesto de dos sueldos por libra adicionales al décimo; en 1747, otro de dos sueldos por libra sobre la capitación; en 1748, derechos sobre el sebo, las candelas, los papeles, los cartones, etc. El impuesto del uno por ciento que todo comprador de inmuebles había de pagar al rey, hízose extensivo á todos los actos translativos de bienes «reputados» inmuebles, tales como las rentas, los empleos, etc. Estos nuevos impuestos servían generalmente de prenda á empréstitos. Rápidamente se echó mano de todos los medios extraordinarios, emisiones de rentas, loterías, creaciones de empleos, y se aproximaba el momento en que se agotaría tan ruinoso recurso.

La opinión pública reclamaba la paz sin preocuparse de las condiciones en que se hiciera, porque, como se decía, ninguna paz podría ser peor que el mal presente. Por otra parte, la conquista de los Países Bajos, la toma de Berg-op-Zoom y la invasión de Holanda ponían á Francia en situación de proponer la paz á las potencias. Los ingleses también la deseaban y ya Mauricio de Sajonia y el duque de Cumberland habían entablado negociaciones. Los ministros ingleses designaron como plenipotenciario al conde de Sandwich, y éste y Puyseulx, que se habían conocido en Breda, convinieron en que procedía convocar un congreso en Aquisgrán.

Los plenipotenciarios que fueron nombrados en enero de 1748 y no se reunieron hasta abril, eran: por Francia, un italiano, el conde de Saint-Severin de Aragón, hijo de un ex ministro del duque de Parma, favo-

rito del príncipe de Conti, hombre listo y avezado á las intrigas; por la emperatriz María Teresa, el conde de Kaunitz; por España, don Santiago Massonas de Lina y Sotomayor; por Cerdeña, el caballero Ossorio; y por Holanda, el conde de Bentinck y el barón de Wassenauer.

Saint-Severin llegó á Aquisgrán con instrucciones que le recomendaban acabar lo más pronto posible y su posición era desembarazada, puesto que podía disponer de las conquistas realizadas por Francia y no pedía otra cosa que el restablecimiento del estado de cosas anterior á la guerra. Las potencias no podían creer en este desinterés tanto menos cuanto que la campaña en los Países Bajos se presentaba favorable á Francia. En efecto, en 15 de abril de 1748, Mauricio de Sajonia ponía sitio á Maestricht.

Austria é Inglaterra formularon sus demandas á Saint-Severin. La alianza inglesa sólo desventajas había reportado á Austria; los ingleses la habían inducido en 1742 á reconciliarse con el rey de Cerdeña, que le había quitado Tortona y Novara, y ahora parecía natural que reconociese la posesión de Silesia al rey de Prusia, lo que hacía que los austriacos se preguntaran si cada tratado exigido por sus aliados debía costarles una provincia y si una enemiga como Francia no sería más tratable que una amiga como Inglaterra. Pero en Francia subsistía la prevención contra Austria, pues Luis XV, al retirar su favor á de Argensón, no había desautorizado la política de ese ministro, y Puyseulx, como éste, estimaba en mucho la alianza con Prusia. Saint-Severin, por el contrario, se inclinaba al Austria, y de buena gana habría firmado con ella un tratado particular si no hubiese temido las tardanzas de la cancillería de Viena. Por otra parte, lo que principalmente interesaba á Francia era desarmar á Inglaterra, porque podía esperar de ella restituciones en América y porque la guerra por mar arruinaba al comercio francés; de aquí que Saint-Severin firmase, en 30 de abril, con Sandwich, un acuerdo en el que se hallaban inscritas las condiciones de la paz general que cada uno de los contratantes sometería á sus aliados; y en el caso de que éstos no las aceptasen, Francia é Inglaterra establecerían negociaciones prescindiendo de ellos.

Las condiciones consentidas entre Inglaterra y Francia eran la restitución recíproca de las conquistas en ambos mundos y el mantenimiento del estado territorial creado en Italia y en Alemania. Francia perdía las conquistas de Mauricio de Sajonia y Madrás, pero recobraba en América el Cabo Bretón y Luisburgo; además, reconocía la sucesión protestante en Inglaterra y se comprometía á expulsar de su territorio al pretendiente, conforme á lo pactado en el tratado de Utrecht. Austria debía ceder al infante don Felipe, hijo de Isabel Farnesio y yerno de Luis XV, Parma y Plasencia; garantizar al rey de Cerdeña la parte del Milanesado situada al Oeste del Tessino, desde el lago Mayor al Po, es decir, el Vigevanasco, una parte del Pavesán y el condado de Anghiera, y renunciar á Silesia.

No fué tarea fácil hacer aceptar estas condiciones por María Teresa; bien es verdad que se le daba satisfacción en un punto al establecer que se confirmaría la Pragmática y las potencias reconocerían como emperador á Francisco de Lorena, que había sido elegido en

Francfort en septiembre de 1745; pero lo que ella más temía era que un nuevo documento consagrara los tratados anteriores que la despojaban. Por esta razón protestó contra el acuerdo anglo-francés, mas como no podía persistir sola en la lucha, pues aun con la ayuda de aliados había soportado á duras penas el peso de la guerra, al fin se resignó, y en 28 de mayo Kaunitz se adhirió á aquel acuerdo. España no se decidió hasta el 28 de junio.

La paz no satisfizo á nadie, excepción hecha de los holandeses que, reducidos al último extremo, quedaron encantados de la moderación de Luis XV. España se indignó de que Francia hubiese decidido una vez más de sus intereses sin advertirla anticipadamente; el rey de Cerdeña declaróse sacrificado á pretexto de que no obtenía sino ventajas insignificantes; María Teresa conservó el vivo resquemor de Silesia y anunció que tomaría el desquite, aunque en la empresa hubiese de perder su «zagalejo;» y en Inglaterra fueron muy grandes las quejas de los comerciantes y de los coloniales.

En Francia, en donde todo el mundo estaba cansado de aquella guerra ruinosa y sin salida, hubo al pronto una explosión de alegría, acudiendo las gentes presurosas á las casas de los amigos, á los espectáculos y á los paseos en busca de pormenores; y en Burdeos, cuando llegó el correo portador de la noticia de la paz, las multitudes famélicas que asediaban las panaderías pusieronse á bailar gritando: «¡La paz está hecha!» Mas pronto vino la reflexión y se comprendió que aquella paz había sido comprada con enormes sacrificios y todo el mundo opinó lo mismo que Mauricio de Sajonia escribió á Maurepás, desde los Países Bajos, en 15 de mayo de 1748:

«En materia de política no soy más que un charlatán y si la parte militar me obliga á veces á hablar de ella, no os presento mis opiniones como muy buenas; lo que creo saber y os aseguro es que los enemigos, vengan en el número que vengan, no pueden penetrar en este país y que me disgusta entregarlo, porque, á la verdad, es una buena tajada, y nos arrepentiremos de ello en cuanto hayamos olvidado nuestro mal presente.»

El mariscal fué compadecido porque la paz le había impedido marchar á tambor batiente sobre Nimega y vengar á Luis XIV con la humillación de Holanda (1). El vulgo decía «¡Estúpido como la paz!» y la gente refería el cuento de los cuatro gatos: decía que

(1) Y sin embargo el mariscal de Sajonia había sido objeto de muchas críticas, habiéndosele acusado de prolongar la guerra á fin de conservar su mando, de saquear á los enemigos, de compartir los beneficios de los asentistas y de hacer de los Países Bajos una especie de Perú para él y para sus hechuras. Si en esto hubo algo de verdad, bien castigado quedó el mariscal con la pérdida de todas sus conquistas y sin otro consuelo que ser proclamado el primer capitán del siglo y recibir de Luis XV la hacienda de Chambord, el título de mariscal general que antes ostentara Turana, una renta de cien mil escudos, una artillería tomada al enemigo y un regimiento de uhlanos para su guarda. En Chambord llevó la vida de un gran señor; se hizo construir allí un teatro capaz para mil ochocientos espectadores, tuvo trenes de caza admirables y hasta cuatrocientos caballos en sus caballerizas; compró tapices de los Gobelinos, cuadros, esmaltes de Petitot y vajillas de Palissy; vivió con cantatrices de la Ópera, y se extenuó en excesos que su edad no le permitía. De pronto supose que había muerto; tenía entonces cincuenta y cuatro años. El duque de Luyne refiere que falleció de una «fiebre continua con un infarto de la bilis en el hígado» (1750).

Luis XV había visto en sueños cuatro gatos que se peleaban, uno flaco, otro gordo, tuerto el tercero y ciego el cuarto, y que alguien le había explicado aquel sueño del siguiente modo: «El gato flaco es vuestro pueblo; el gato gordo, la corporación de los asentistas; el gato tuerto, vuestro Consejo; y el gato ciego, Vuestra Majestad que no quiere ver nada.» Los parisienses se disputaron el folleto *Les cinq plaies de la France (Las cinco plagas de Francia)*, que eran la Constitución, las Convulsiones, el Sistema de Law, Fleury y la paz de Aquisgrán, y admiraron la estampa de las cuatro Naciones, en la que Luis XV, agarrotado por las potencias, era azotado por la reina de Hungría, mientras Inglaterra aplaudía y decía Holanda: «Lo restituirá todo.»

La ejecución del compromiso contraído por Luis XV de expulsar al pretendiente sublevó á la opinión en masa. El príncipe, á quien se insinuó el ofrecimiento de un retiro en Suiza, no quiso saber nada de ello; gustábase París, en donde era muy conocido y popular, hasta el punto de que cuando entraba en la Ópera ó en la Comedia Francesa todo el mundo se ponía en pie, y muchos ingleses de ambos sexos hacían el viaje para venir á admirarle. Y precisamente fué á la puerta de la Ópera en donde, el día 10 de diciembre de 1748, varios oficiales y sargentos de las guardias vestidos de paisano se apoderaron de él cuando bajaba del coche, le quitaron la espada de la que quería tirar, lo ataron con cordones de seda y, como un cuerpo muerto, lo llevaron á la carroza que lo condujo á Vincennes. Carlos Eduardo gritaba que ni en Marruecos le habrían inferido tamaño ultraje. Aquella acción infame provocó un sentimiento de vergüenza y de asco, y en las paredes de Versalles se escribió: «Él, encarcelado es rey; ¿qué sois vos en el trono?»

#### CAPÍTULO IV

##### LA VIDA INTELECTUAL DESDE LA REGENCIA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO

I. Las ideas filosóficas y políticas. — II. Las ciencias. — III. La erudición. — IV. Las letras. — V. Las artes. — VI. Los salones

##### I. — *Las ideas filosóficas y políticas (2)*

Con la Regencia hase iniciado, en la esfera de las ideas filosóficas y políticas, de las ciencias, de las letras y de las artes, un movimiento general de los espíritus variado, libre, sin intenciones concretas y como una

(2) FUENTES: De Argensón y Barbier, ya citados. Voltaire, *Lettres Philosophiques* (en el t. XXXVII de las *Œuvres*, y ed. Lanson, t. I, 1909). Montesquieu, *De l'Esprit des Loix (Œuvres complètes, t. III, IV, V, VI)*; Barón de Montesquieu, *Mélanges inédits de Montesquieu*, Burdeos y París, 1892; Id., *Deux opuscules de Montesquieu*, Burdeos y París, 1891; Id., *Voyages de Montesquieu*, 2 vol., Burdeos, 1894; Id., *Pensées et fragments de Montesquieu*, Burdeos, 1899.

OBRAS DE CONSULTA: Aubertin, E. de Broglie (*Portefeuilles de Bouhier*), Jobez (t. I y IV), Michelet, Rocquain, de Wilt (*La Société française et la Société anglaise au XVIII<sup>e</sup> siècle*), ya citados.

Berzot, *Études sur le siècle*, París, 1855, 2 vol. en 12.<sup>o</sup> Brunetiere, *Études critiques sur l'histoire de la littérature française*, 3.<sup>a</sup> serie, 5.<sup>a</sup> ed. París, 1904, en 12.<sup>o</sup> (el abate Prevost). Desnoiresterres, *Voltaire et la Société au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1867-1876, 8 vol. en 12.<sup>o</sup>. Faguet, *XVIII<sup>e</sup> siècle; études littéraires*,